

Una familia emigrante

Conchita Rodríguez González

INTRODUCCIÓN

La emigración es un fenómeno social que ha tocado de una forma u otra a millones de seres humanos en el mundo, sea ésta producto de una situación política, social o económica. En este contexto, España y Cuba, sus hombres y mujeres, sus niños, han sido protagonistas de este fenómeno. Si en un inicio la emigración española a América se manifestaba más por hombres solos que venían en busca de progreso económico para luego regresar a su patria y contribuir a la economía familiar, ya con posterioridad, sobre todo en el siglo XX cada vez más familias se trasladaban con varios de sus miembros a otras tierras, tratando de salir de las precarias condiciones en que vivían o simplemente huyendo de la guerra y sus secuelas.

Este es el caso de mi familia, fundamentalmente por la línea paterna, aunque también en la materna hubo emigración, pues además de mi madre, dos de sus hermanos emigraron en su momento a Argentina con sus familias, uno de ellos permanece en la actualidad en ese país donde vive con sus hijos y nietos.

Sin embargo, la emigración no se detiene y vemos como en nuestros días es un fenómeno muy activo, motivado por las mismas razones que antaño, pero beneficiado en la era moderna por las comunicaciones que hoy en día acortan las distancias y hacen más llevadera la separación con los seres queridos. A pesar de esto, el desarraigo que la emigración conlleva ha dejado y deja marcas en todos los que la hemos vivido en carne propia.

Esta historia hará referencia a mi familia, en modo general, pero es asimismo mi propia historia, la de mi hermana, en tanto ambas somos emigrantes que fuimos traídas por nuestros padres en edades de la más tierna infancia, dejando atrás nuestras raíces, sembrando nuestra semilla en esta tierra, pero no permitiendo nunca que se olvidaran ni la familia que quedó en el pueblo, ni nuestras costumbres las cuales mantenemos vivas e inculcamos a nuestros hijos.

Parte muy importante es nuestra participación en la Colonia Leonesa y la Agrupación de Sociedades Castellano-Leonesas de Cuba, en la cual nos acompañan nuestros hijos y nietos, con el objetivo de que la tradición y los sentimientos éticos y morales que las crearon no se pierdan jamás. A la vez, en ella encontramos a nuestros paisanos y sus descendientes en lo que es una gran familia, recreando nuestras vivencias pasadas y presentes. Este modesto relato espero que contribuya a ese fin.

ANTECEDENTES

Emigré en el año 1956 en compañía de mi madre para reunirnos con mi padre, hermana y toda la familia de él que ya se encontraba en Cuba. Probablemente ya por ese año y los posteriores había disminuido bastante la emigración a este país. Este relato se basa en los recuerdos de mis padres, aunque ya ancianos, todavía atesoran muchas vivencias. Si algún dato o fecha tienen alguna inexactitud podría ser producto de esto, en muchos casos, sin embargo, poseo documentos originales que dan fe de los hechos.

Comenzaré esta historia muchos años atrás. A finales del siglo XIX mis bisabuelos paternos estaban radicados en La Habana. Mi bisabuelo Luis Rodríguez había nacido en San Pedro de Olleros, en el Bierzo, provincia de León. Mi bisabuela María Fernández era natural de la parroquia de Labio en Asturias. Sin embargo mi abuelo, José Rodríguez Fernández, nace en La Habana, Cuba, en el barrio de El Vedado, el 27 de noviembre de 1903. Sus padres trabajaron en el hospital Reina Mercedes, donde en la actualidad radica la heladería Coppelia, en El Vedado, La Habana. Mi propio abuelo también trabajó en ese hospital como chófer.

SAN PEDRO DE OLLEROS

Mi pueblo, San Pedro de Olleros, se encuentra en El Bierzo, municipio de Vega de Espinareda, provincia de León. Los pueblos más cercanos son Prado, Paradiña y Moreda. En la actualidad, casi en su mayoría, están habitados por personas de la tercera edad, ya que también hubo años de mucha emigración hacia las ciudades, por lo que los campos se fueron abandonando. Toda su geografía es muy hermosa e impresionante. Cercano al pueblo hay un mirador desde el que se observa un paisaje con montañas color rojizo, cortadas como si las hubiesen excavado, le llaman “Cisterna” y es algo similar a lo que se observa en Las Médulas.

Cuentan que, en tiempos de los romanos, en aquellos castros había mucho oro, de hecho era la reserva de oro más grande del imperio. Como el oro estaba dentro de la montaña, canalizaron el agua de los alrededores con acueductos y canales hasta la cima del castro. Luego abrían unos túneles cortos hacia el

interior de la montaña y metían el agua por ahí. Con el tiempo la montaña terminaba derrumbándose y dejando al pie de la misma toda la dorada carga que contenía¹. Después hacían unas especies de presas al pie de cada castro para que el agua pudiera seguir corriendo mientras ellos lavaban el oro. A mi padre le gusta mucho la historia y me cuenta, por ejemplo, que el nombre de Villafranca del Bierzo data desde el tiempo de los romanos ya que ésta era una villa muy importante para los del Imperio, y allí se encontraba una zona franca para el comercio, de ahí su nombre de Villafranca y del Bierzo por encontrarse en esa zona. Otra zona cercana de gran interés es Burbia y Campo del Agua, por sus originales construcciones llamadas “pallozas”, que dan un gran valor histórico a la zona. Cuentan que fueron hechas por los celtas y son unas chozas circulares con techo de paja fijada mediante sogas. Durante mi viaje, en 1993, visité con mis primos todas estas zonas, y me contaban que lo habitual, muchos años atrás, era que las personas fueran de un pueblo a otro caminando, pues no había otra forma y es realmente considerable la cantidad de kilómetros que recorrían, subiendo y bajando esas montañas. Al pueblo llegaban así “los camposos”, que así les decían a los pobladores de Campo del Agua, los cuales eran según mis tíos, gente muy pobre.

Como todos los pueblos de España, San Pedro sufrió los rigores y consecuencias de la guerra. Con sus habitantes muchas veces divididos por las ideas. A mi abuelo materno, por ejemplo, le llamaban “falangista” debido al cargo de secretario del juzgado, pero la familia paterna tenía ideas contrarias. Eso pasaba con muchas familias y vecinos que según me cuenta mi madre se vieron envueltos en la guerra y vivían con miedo a unos y otros, es por ello que lo mismo se escondían si gritaban que venían los “rojos”, como si gritaban que venían los falangistas. Tenían una casa deshabitada en la cual ya tenían una especie de colchonetas para dormir donde muchas noches se escondieron juntos partidarios de los dos bandos que, a fin de cuentas, eran vecinos y como tal se llevaban, unidos en este caso por un factor común, el miedo. En una guerra se cometen excesos muchas veces por ambas partes en conflicto y la población sufre consecuencias que son muy difíciles de borrar.

Hoy en día, a pesar de que el pueblo tiene cada vez menos residentes, durante los meses de verano se llena con los que regresan a visitar a sus familiares o simplemente a descansar durante las vacaciones. Es en el mes de agosto, que se celebra la fiesta más importante, El Cristo. Durante las festividades, que pueden durar tres días, se hacen rifas para costear en parte las fiestas, que son muy coloridas y alegres. Se presentan grupos musicales y

¹ Esta técnica de explotación minera es designada como “ruina montium” –ruina de los montes– por Plinio, escritor romano del siglo I d.C. (N.E.)



San Pedro de Olleros. Fiesta del Cristo. Año 1991. Foto tomada desde la casa de mis abuelos.

de bailes tradicionales. Se hacen entre otras, carreras de motos, juegos de futbol de “solteras contra casadas”, carreras de sacos, baños de espuma, etc. Se pasan días muy alegres que hacen que las tradiciones del pueblo no decaigan. Además, han regresado al pueblo muchos de los que emigraron a las ciudades, ya después de jubilados, pues allí la vida es tranquila y muy saludable. Este es el caso de mis tíos que ahora se dedican a lo que les gusta,

como preparar su propio vino, por ejemplo, o dedicarse a la música, pues mi tío Ángel al que siempre le gustó tocar el saxofón, ahora toca en una charanga que va de pueblo en pueblo durante las fiestas. Aunque ya casi nadie cría animales, se mantiene la tradición de la matanza, durante la cual se juntan los vecinos para preparar los chorizos y todo tipo de embutidos, y puedo decir, sin exagerar, que los de mi pueblo son los mejores que he comido en mi vida.

TRAVESÍAS

En la década del 20 parte por primera vez mi abuelo va a España con la familia. Conoce allí a mi abuela Ascensión Abella Díaz y se casan en el propio pueblo de San Pedro, donde el 4 de marzo de 1924 nacería su primer hijo, Luis Rodríguez Abella, mi padre.

Mi abuelo José ya había decidido permanecer en España, en el pueblo de San Pedro de Olleros, donde además gozaba de buena aceptación. Por sus características de buena educación y cualidades para dirigir, se desempeña como pedáneo², organiza a los vecinos en diferentes tareas para beneficio del lugar. Siempre tuvo ideas de progreso y es por eso que no simpatizaba con los falangistas, motivo por el cual es avisado por mi abuelo materno, Domingo, de que lo estaban buscando para matarlo y que debía irse de allí cuanto antes. Regresa entonces a Cuba al ser perseguido por sus ideas, debiendo dejar en el pueblo a su mujer e hijo.

Posteriormente, mi abuelo realizó sucesivos viajes entre España y Cuba durante los cuales nacen además mis tíos Caridad y Jacinto, así como un cuarto hijo, Gustavo, el cual murió muy pequeño. En estos años mi abuelo ejerció varios oficios, trabajó en una fonda, en una carnicería, como chófer de la hija

² La autora se refiere a la figura político-administrativa del alcalde pedáneo. (N.E.)



Mi abuelo José, a la derecha, con sombrero, durante uno de sus viajes al pueblo.

de García Menocal³ y de los dueños del cabaret Sant-Soucí-Montmartre⁴, donde puso una cafetería en el parque⁵ para dar servicio a los chóferes mientras esperaban a sus patrones. Ya en la década del 50 compró una parcela en Marianao, en la intersección de las calles Armas y San Luis (actualmente 124 y 65), donde construyó una bodega y en los altos de la misma, hizo la que sería

su casa hasta el final de sus días. Alrededor de los años 60 decide vender la bodega y se dedica a la venta de ropa de forma ambulante, ya que como poseía un automóvil iba a diferentes pueblos de las provincias cercanas llevando la mercadería a los dueños de tiendas, en muchas de esas ocasiones lo acompañábamos yo y mi abuela, lo cual disfrutaba yo como una gran aventura. También por esos años mi abuelo manejó un camión de reparto de refrescos de la marca Green Spot, y recuerdo muy bien cuando llegaba su camión a mi escuela para descargar los refrescos de la merienda que eran muy gustados entre los niños por ser de naranja. Por cierto, recuerdo que yo llevaba 7 centavos para merendar en la escuela, con los que compraba el refresco de 5 centavos y 2 para galleticas. Sus últimos años laborales los dedicó a ser chófer de alquiler. Era un hombre muy trabajador y con un carácter fuerte, a la vez autoritario y tierno con sus nietos. En el pueblo siempre lo llamaron “El cubano”, pero en Cuba lo conocían como “El gallego”. Murió en 1991 a los 89 años, en Cuba, al igual que mi abuela Ascensión, pero ella sin regresar nunca a España.

³ La autora parece referirse a Mario García Menocal (1866-1941), presidente de Cuba entre 1913 y 1921. (N.E.)

⁴ En realidad se trata no de uno sino de dos conocidos cabarets o night clubs de La Habana prerrevolucionaria, el Sans Souci y el Montmartre que, junto con el Tropicana y el Casino Parisien formaban el grupo de clubs conocido como “los Magníficos”. (N.E.)

⁵ Aparcamiento. (N.E.)



Bodega de mi abuelo José.
Situada en las calles Armas y
San Luis. Año 1952.



Casa de mis abuelos paternos
en San Pedro de Olleros, donde
nacimos mi hermana María Divina
y yo. Foto tomada en 1993.

Mi padre pasó su infancia en el pueblo, ayudando a su madre y abuelo materno en las labores del campo y cuenta, entre sus recuerdos, como su abuelo Jacinto, quien siempre estaba en compañía de su perro Navarro, fue un gran techador. Extraía la pizarra en una zona muy próxima al pueblo y también trabajó en el techado de parte de la catedral de León, es posible que haya sido en alguna ampliación o reparación de la misma. Mi padre, además, fue pastor como era habitual entre los niños del pueblo, cuando le tocaba salir con las ovejas.

Sale alrededor de los 12 años para Cuba, ya que su padre que se encontraba aquí, lo reclama para que no se tuviera que presentar al servicio militar. Cuenta que salió solo, va caminando hasta Toral de los Vados donde toma un tren que lo llevaría a La Coruña y desde allí a Lisboa, Portugal, donde embarcaría para La Habana. Viaja como todo emigrante pobre en las bodegas del barco Reina del Pacífico.

De esta época tiene una vivencia que hasta hoy recuerda, al ver por primera vez el mar. Refiere que con sus 12 años nunca había salido del pueblo y al llegar a La Coruña, el mar le pareció un inmenso campo y la espuma que hacían las olas pensó que era el abono que él había visto que se ponía alineado en los campos de labranza a los cultivos. Pero le llamó la atención que esas líneas blancas se movían y por ello se acercó a ver qué era, descubriendo que era la espuma blanca que hacían las olas al chocar. Ahí comprendió que estaba en presencia del mar, una impresión que jamás olvidaría.

Al llegar a La Habana después de 17 días de travesía ya todos bajaban a tierra y él permaneció en el barco hasta que su padre subió a bordo a buscarlo.

Por esos años se encontraba mi abuelo trabajando con los dueños del cabaret Sans Souci y es así como mi padre empieza a desempeñarse como bell boy⁶ en el mismo, cuenta que era como una especie de portero y realizaba otras ocupaciones menores propias de un niño, como recados etc.

Años más tarde cursó estudios de comercio en el Havana Bussines, los cuales interrumpe en el año 1946 para viajar a España con el objetivo de

⁶ Mozo de hotel, botones. (N.E.)

visitar a su madre y hermanos, ya que a mi abuelo como simpatizaba con la República no le autorizaban a entrar y ellos necesitaban saber en qué situación se encontraba la familia.

Viaja en septiembre de 1946 en el barco Marqués de Comillas, entrando en la Península por el puerto de La Coruña. El objetivo de su viaje era permanecer en el pueblo sólo unos tres meses, pero definitivamente le gustó estar de nuevo allí, decidiendo que quería quedarse. Cuando mi abuela y tíos son reclamados por mi abuelo para emigrar a Cuba, mi padre dice que se quedaría y cuenta que mi abuela no quería venir si no lo dejaba a él casado allí. Ya por esa época estaba de novio con mi madre y contraen matrimonio el 5 de junio de 1948.

Mi madre Luzdivina González era la segunda de los 6 hijos de mis abuelos Domingo González Álvarez y María Álvarez Díaz. Mi abuelo Domingo trabajaba como secretario del Juzgado, que primero radicaba en el mismo pueblo de San Pedro de Olleros y después pasó al Valle de Finolledo, encontrándose hoy en Vega de Espinareda.

Nace mi hermana María Divina en el año 1949 y posteriormente yo en el año 1951. Por la situación económica y política que se vivía por esos años en España, mi padre decide nuevamente viajar a Cuba, pero en esa ocasión trayendo consigo a mi hermana que por esa época contaba apenas con 2 años y medio de edad, quedando yo con menos de un año en compañía de mi madre en el pueblo, pues no había posibilidades económicas de costear los cuatro pasajes.

Salen por el puerto de Santander en el vapor Reina del Pacífico el 13 de enero de 1952. Y cuenta mi padre que en ese viaje conoció a un matrimonio que también viajaba a Cuba para dirigirse a la zona oriental y que insistían mucho en que le diera a mi hermana para quedarse con ella, ya que no pensaban que un hombre solo pudiera viajar con una niña tan pequeña. Hubo de permanecer más de un mes en Santander pues no tenía arreglados los papeles para que mi hermana viajara, lo cual finalmente solucionó regalándole a un funcionario una caja de tabaco.



Boda de mis padres en San Pedro de Olleros. Junio de 1948.



Foto de mi abuelo y mi padre, por la época de su llegada a Cuba.



Mi hermana María Divina con un año de edad, junto a mi tía Amalia y prima Sagrario. San Pedro de Olleros, 1950.



Aquí estoy vestida de gallega. Foto tomada en Madrid. Abril de 1956.

En el pueblo quedamos mi madre y yo. Mi madre realizaba los quehaceres domésticos y también trabajaba en el campo como era lo habitual entre las mujeres del pueblo por esa época.

Con ella viajé a Madrid a visitar a mi tía Amalia que residía allí, aunque por ser muy pequeña no lo recuerdo. Mi tía Amalia era la menor de las hermanas de mi madre, pero fue la primera en salir del pueblo para trabajar en Madrid como secretaria. Allí tenía mi madre también otras amigas y unos días antes de partir para Cuba, una de ellas me vistió con un traje de gallega que le había hecho su madre y vestida así me sacaron una foto.

De regreso al pueblo, al cabo de unos días, salimos mi madre y yo acompañadas por mi tío Ángel, quien fue con nosotros hasta Gijón. Atrás quedaron mis abuelos, tíos y primas con una gran tristeza por nuestra marcha, todos llorando...

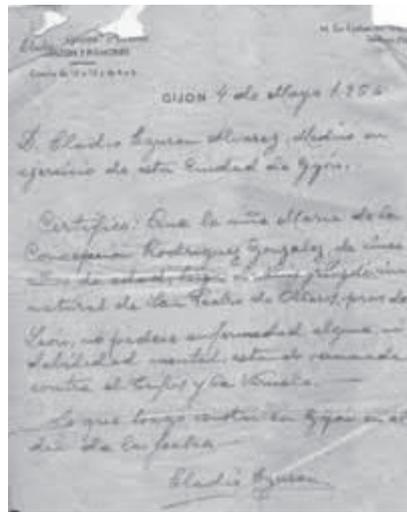
En Gijón tuvimos que hacernos un certificado de salud que se exigía a todo el que iba a viajar.

Viajamos en un camarote junto a tres mujeres más. Una de ellas se bajó en Caracas y las otras dos siguieron viaje también a Cuba, pero no era esa su primera vez. El viaje duró 15 días y de ellos al menos 10, los pasé muy enferma, tanto que mi mamá pasó todo el tiempo llorando pues en aquella época se decía que los que morían en alta mar los echaban al agua y ella pensaba que yo iba a morir. Por fortuna sólo se trataba al parecer de una indigestión pues había comido diferentes cosas antes de embarcar

que me sentaron mal.

El barco hizo tres escalas durante su navegación, en las Azores, Curazao y Caracas. En las tres escalas bajamos a tierra acompañadas de las dos compañeras de camarote que al parecer tenían amistad con algunos marineros, pues cuenta mi madre que ellas les bajaban botellas de bebida a dichos marineros, las cuales vendían en tierra. Esto lo hacían aprovechando que a las mujeres no las registraban.

En Curazao, durante la escala, cuando se encontraban comprando unos almohadones, sintieron el sonido del barco anunciando su partida y por poco no alcanzamos a regresar a tiempo.



Certificados de salud de mi madre y mío.



Billete de pasajes por valor de 7.500 peseta.



Vapor Santa María, en el que viajamos. Postal enviada a Cuba desde el puerto de La Guaira, Venezuela.

EN CUBA

En los primeros años de nuestra llegada a Cuba vivíamos todos en la casa de mis abuelos José y Ascención, a los que todos lo nietos y biznietos llamaríamos Pepe y Pepa.

En agosto de ese año 56 se casa mi tía Caridad con un hijo de emigrantes libaneses que vivían enfrente de nuestra casa. En esa ocasión mi hermana y yo asistimos como damitas o “flowers girls”, como se estilaba en esa época.

Recuerdo de ese primer año que las cuñadas de mi tía siempre me estaban llamando para que les hablara, porque les daba mucha gracia mi acento al hablar. Yo iba con gusto porque en esa casa era en la única de la cuadra que había aparato de televisión por esos años. Ellos eran dueños de un taller de costura y mi madre ayudaba a la economía familiar cosiendo pijamas y pañuelos para ellos. Con ese fin compraron una máquina de coser que fue pagada a plazos.

Aunque mi abuela y mi madre aprendieron con el tiempo a cocinar los principales platos de la cocina cubana, recuerdo que en casa de mis abuelos nunca faltaba por las noches la sopa, muchas veces de pan y ajo, como es típico en la zona del Bierzo, también nos gustaba mucho la sopa a partir del caldo de los garbanzos cuando se hacía el cocido. Las frituras de pan con azúcar por encima, los “fichuelos” o frisuelos también los preparaban con frecuencia y esa tradición la mantenemos hasta el presente pues también es uno de los platillos preferidos de mi nieto, ya que mi hija también los aprendió a preparar. Los domingos compraban masa en la panadería y preparaban la empanada de chorizo que a todos nos gustaba mucho, en fin, muchos platos más de la cocina tradicional de León como los caldos con berzas, etc. Muchos de los cuales con el tiempo se fueron dejando de hacer y puede ser que en muchos casos producto del clima tan caluroso de Cuba y en otros por la carencia de los ingredientes típicos.

Cuando llegamos a Cuba, mi padre estaba sin trabajo, pero no pasamos privaciones gracias a la ayuda de los abuelos y las costuras que hacía mi madre. Estudiamos la primaria en una escuela privada, pero modesta, gracias a que mi abuelo nos la pudo costear hasta que mi padre comenzó a trabajar.

En el año 58 mi padre consigue entrar a la Compañía Cubana de Electricidad gracias al apoyo de unos amigos. Primero lo hace pasando la Escuela de Linieros, oficio que ejerció por varios años y con el cual trabajó directamente en el montaje de muchas de las principales líneas de alta tensión del país. Todo el resto de su vida laboral lo desempeñó en la Empresa Eléctrica donde, por supuesto, también era conocido como “el gallego Abella” y se distinguió por su exigencia y honestidad en todos los cargos que ocupó, algunos de ellos de alta responsabilidad. También muchas veces cortó caña formando parte de



Mi hermana y yo, vestidas para la boda de la tía Caridad. Con 5 y 7 años de edad.

brigadas que se formaban de forma voluntaria para ayudar en esa difícil labor. La elaboración de azúcar a partir de la caña fue en su momento la base de la economía cubana.

Mi madre también nos cosía la ropa y mucha de ella la llevó mi hermana al pueblo cuando viajó en 1960 y alguna la regaló a mis primas pues ese era un momento todavía de escaseces en España. Ese viaje lo realiza por motivos de salud, en compañía de mi abuelo José. Pasa casi un año en el pueblo y recuerdo a su regreso cuando la fuimos a esperar al puerto que teníamos que montar en una lancha que giraba alrededor del barco para ver a los familiares que se asomaban a la cubierta, yo casi no la reconocía pues regresó muy cambiada.

Mi madre ha pasado todos estos años desde su llegada a Cuba, con mucha nostalgia por sus padres y hermanos. Recuerdo cuando recibió la noticia de la muerte de su abuela Anastasia, la “Abolica”, que fue el primer golpe que recibiría por no poder estar junto a ellos. Sin embargo no perdió nunca el contacto con la familia a través de las cartas, que en aquella época demoraban meses en llegar y las noticias en uno y otro sentido eran esperadas con mucha ansia.

SEMBRANDO SEMILLAS

En el año 1961 crece también la familia, nace nuestra hermana Yara, que aunque ya nacida en esta tierra vio la luz por primera vez en la Quinta Castellana a la cual estaba asociada nuestra familia, y de la que en años recientes celebramos el centenario de su fundación. Con mi familia participamos en algunas actividades de aquella Sociedad Castellana pero lo que más recuerdo es cuando mi abuelo me llevaba al Centro Gallego de La Habana. Mi abuelo tenía numerosos amigos españoles, nos visitábamos mucho y nos llevábamos como una gran familia.

En los años sucesivos, mi vida transcurrió de forma normal, estudiando e integrándome a la vida como cualquier joven de este país. Me gradué primero de técnico medio en topografía, comenzando a trabajar en 1972 en el Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía. Ya como trabajadora estudié la Licenciatura en Geografía y me gradué en el año 1980. Me casé en 1975 con mi esposo Pedro y de este matrimonio nacieron mis hijos, Janette y David. Ambos han crecido escuchando historias del pueblo, se durmieron con las



Mi hermana con mi prima M^a Paz y tía Regina.
1960.



Iglesia de San Pedro, donde fuimos bautizadas.



Casa de mis abuelos. Año 1968. Enfrente está
la Iglesia.



De izquierda a derecha, mi abuelo Domingo,
mi madre Luzdivina, mi abuela María y mi tía
Regina.



Vista de la casa de mis abuelos desde el
campanario de la Iglesia. Año 1993. Mis primas
Rocío y Mercedes.



Mi madre, con mi abuela y sobrinos,
vendimiando.

canciones que les cantaban mi madre y mi abuela. Conocieron de los relatos sobre mi abuelo Domingo cuando salía con la escopeta a cazar a la raposa porque le robaba las gallinas, y otras historias semejantes, reales o inventadas, que les contaba mi madre para que se durmieran, y que aún hoy mi hija le cuenta a mi nieto a veces cuando va a dormir. Es por ello que siempre tuvieron muy arraigadas también las tradiciones y el gusto por las cosas de nuestra tierra, con el profundo deseo de algún día conocerla.

REENCUENTROS

No fue hasta más de 20 años después de haber salido de su pueblo que mi madre pudo regresar a él y volver a encontrarse con su familia. Ya tres de sus hermanos vivían en Madrid y otro vivía en Argentina con la familia que había formado desde 1958, pero aún quedaban en el pueblo sus padres y hermana mayor, Regina, así como numerosos primos y sobrinos. La recibieron con una inmensa alegría. Los pudo ver a todos pues su hermano David también viajó desde Argentina para verla.

Ha tenido la suerte de vivir muchos años y por ello ha tenido oportunidad de reencontrarse con la familia en numerosas ocasiones aliviando en algo la separación.

Yo, por mi parte, pude volver a ver a mi familia después de 37 años, casi volví a conocer el pueblo donde nací, pues no me acordaba de la mayoría de las cosas pero con la familia fue como si nunca nos hubiésemos separado. Ya



En San Pedro de Olleros con parte de mi familia, tíos, primos e hijos. Julio de 1993.

mis primas y primos tenían también su propia familia, pude conocerlos a todos y fue una de las mejores experiencias de mi vida.

Por otra parte, en la década del 80 y luego en la del 90 algunos de nuestros primos maternos nos visitaron en Cuba y así fueron conociendo la familia que mi madre había formado aquí, con lo cual se fortalecieron nuevamente los lazos que habían permanecido casi olvidados por los tantos años de ausencia y la pobre y lenta comunicación de épocas en que las cartas demoraban meses y una llamada telefónica representaba un gasto muy grande para poder hacerlo con frecuencia.

Los avances de las comunicaciones, como el correo electrónico, nos mantienen hoy en día más unidos y acortan ostensiblemente las distancias.

Ahora son mis hijos y sobrinos los que han tenido la oportunidad de viajar a España y conocer una parte de sus orígenes. No han sentido nunca que están en tierra extraña porque ya la tenían en sus corazones desde antes, conocieron a la familia y al pueblo, han participado ya de sus fiestas, y nos han escrito relatos muy interesantes de sus propias vivencias.

Mi hija Janette y mi nieto Diego viajaron a España con la misma edad que teníamos mi madre y yo al venir a Cuba, es por ello que hoy todo me hace recordar aquellos momentos en que teniendo cinco años emigré a Cuba. Por delante tienen el período de adaptarse a un nuevo hogar, lejos de la familia y del país que los vio nacer, en este caso con el aliciente de haber vuelto a sus raíces y el anhelo de poder en el futuro volver a reunir a toda la familia de ambas tierras.